

ALKA JOSHI

La **ARTISTA**
de **HENNA**

Una mujer en la ciudad de Jaipur

Traducción:

ANA BELÉN FLETES



MAEVA

Queridos lectores,

Nos complace poder presentaros esta novela tan especial, *La artista de henna*, de **Alka Yoshi**.

¿Qué tiene esta autora que la hace tan extraordinaria? Se trata de una escritora novel que, en su debut, ha conseguido vender más de 250.000 ejemplares solo en Estados Unidos, y su novela ya se ha publicado en más de veinticinco países. Además, el hecho de ser una mujer nacida en la India y educada en Estados Unidos la convierte en una perfecta escritora que ha nadado entre dos culturas.

Al igual que en décadas anteriores nos cautivaron otras novelas cuya trama se desarrolla en la India, como *El dios de las pequeñas cosas*, *Pasión india* o *El vagón de las mujeres*, ***La artista de henna*** será **la novela** ambientada en el país asiático de esta nueva década.

La artista de henna nos abre las puertas a un mundo deslumbrante e implacable: la India de la década de 1950, y describe a una mujer que lucha por cumplir sus sueños en una sociedad anclada en la tradición que empieza a mirar hacia la modernidad.

Gracias a sus artísticos dibujos de henna, la protagonista, Lakshmi, tiene acceso a las confidencias de las mujeres de las castas más altas, y el poder de curar pequeños y grandes males.

Todo ello transcurre en un escenario exótico y fascinante, la Ciudad Rosa de Jaipur, uno de los enclaves más llamativos de la India. Por si fuera poco, esta novela ha recibido los elogios unánimes de los lectores en los países donde se ha publicado hasta ahora.

En cuanto empieces con la lectura, Lakshmi, una mujer fuerte que hace frente a todo tipo de adversidades, te acompañará a través de su universo lleno de palacios y de casas humildes, de los sonidos de las calles más populares y de los aromas de aceites, flores y especias.

Una novela deliciosa que conviene leer con todos los sentidos, y que nos hace sentir felices y orgullosos de ser sus editores y de poder recomendártela.

La editora

*El viajero tiene que llamar, una tras otra,
a todas las puertas extrañas para llegar a la suya;
ha de vagar por todos los mundos de fuera
si quiere llegar al fin a su santuario interior.*

Gitanjali (Poemas en prosa)
Rabindranath Tagore

*Cuando la diosa de la abundancia viene a bendecirte,
no debes salir de la habitación para lavarte la cara.*

Proverbio hindú

Escenarios de la novela



Prólogo

Ajar, estado de Uttar Pradesh, India

Septiembre de 1955

CAMINA CON LIGEREZA sobre la tierra dura, no nota las piedrecillas que pisa en las plantas encallecidas y cubiertas de barro de la ribera del río. Sostiene un *mutki* en equilibrio sobre la cabeza, la misma vasija de barro que utiliza cada día para transportar el agua del pozo. Ese día, en vez de agua, la chica transporta todas sus pertenencias: una enagua y una blusa de recambio, el sari con el que se casó su madre, el libro con las leyendas de Krishna que solía leerle su padre, con las hojas suaves como una tela gastada por el uso, y la carta que había llegado de Jaipur esa mañana temprano.

Cuando oye a lo lejos las voces de las mujeres en el pueblo, la chica vacila. Las chismosas parlotean, intercambian cotilleos, ríen mientras lavan saris, chalecos, enaguas y *dhotis*. La niña sabe que, en cuanto la vean, se callarán para mirarla o escupir en el suelo, implorando a Dios que las proteja contra la Niña de la Mala Suerte. Se acuerda de la carta, segura dentro del *mutki*, y piensa: «Déjalas. Será la última vez».

El día anterior, esas mujeres se habían encarado con el jefe de la aldea. «¿Por qué sigue viviendo la Niña de la Mala Suerte en la choza del maestro cuando la necesitamos para el nuevo maestro?» Sin hacer ruido por miedo a que las mujeres entraran y la sacaran de los pelos, la niña había permanecido en absoluto silencio entre los muros de adobe. Ya no había nadie que la

protegiere. La semana anterior habían quemado el cuerpo de su madre junto con los huesos de otros animales muertos, la pira funeraria de los pobres. Su padre, el antiguo maestro, las había abandonado seis meses antes y poco después se había ahogado en una charca poco profunda junto a la orilla del río, tan borracho que probablemente no había notado el aguijón de la muerte.

La niña se había pasado toda la semana esperando a las afueras del pueblo la llegada del cartero, que iba en bicicleta de manera esporádica desde el pueblo vecino. Esa mañana, nada más verlo, salió corriendo de su escondite, cosa que sorprendió al hombre, y le preguntó si tenía alguna carta para su familia. Él la observó a través de las gruesas gafas con ojos legañosos, el ceño fruncido y mordiéndose la mejilla por dentro. La niña sabía que sentía lástima por ella, pero también que estaba enfadado: le estaba pidiendo algo que le estaba reservado al jefe de la aldea. Pero la niña le sostuvo la mirada sin pestañear. Cuando el cartero le entregó por fin el grueso sobre de papel casi translúcido dirigido a sus padres, lo hizo de forma apresurada, evitando mirarla a los ojos, y se alejó pedaleando todo lo rápido que pudo.

La niña se yergue, echa los hombros hacia atrás y pasa caminando junto a las mujeres por la orilla del río. Ellas la miran con odio. La pequeña siente el agitado latido del corazón en el pecho, pero pasa, tesa como una caña de azúcar, con el *mutki* en la cabeza, como si fuera al pozo de los granjeros, a poco más de tres kilómetros de distancia, el único pozo que le permiten utilizar.

Las chismosas ya no susurran, sino que se hablan a gritos: «¡Ahí va la Niña de la Mala Suerte! ¡El año que nació, las langostas se comieron todo el trigo! ¡Su hermana mayor abandonó a su esposo y nunca se la volvió a ver! ¡Menuda desvergonzada! ¡Ese mismo año su madre se quedó ciega! ¡Y su padre se dio a la bebida! ¡Qué deshonra! ¡Hasta el color de esa niña es sospechoso! Solo los ingleses tienen los ojos azules. ¿Acaso es uno de los nuestros? ¿Su lugar está en este pueblo?». ».

La niña se pregunta con frecuencia por esa hermana mayor de la que hablan. La hermana cuyo rostro ve solo como una sombra en sueños, cuya existencia sus padres no han reconocido nunca. Las chismosas dicen que abandonó el pueblo trece años atrás. ¿Por qué? ¿Adónde fue? ¿Cómo escapó de un lugar en el que esas mujeres vigilan todos tus movimientos? ¿Huyó en plena noche, cuando las vacas y las cabras dormían? Dicen que robó dinero, pero nadie en el pueblo tiene dinero. ¿De dónde había sacado comida para alimentarse? Hay quien dice que se vistió de hombre para que no la parasen por el camino. Otros dicen que se fugó con un artista de circo y que vivía como una *nautch*, una bailarina, actuando en el distrito del sexo de Agra, a muchos kilómetros de allí.

Tres días antes, el viejo Munchi y su pierna mala, el único amigo que tenía en el pueblo, le había advertido que, si no dejaba libre la choza, el jefe insistiría en que se casara con algún granjero viudo o la obligaría a abandonar el pueblo.

—Aquí ya no tienes nada —le había dicho Munchi.

Pero ¿cómo se las iba a arreglar una huérfana de trece años sin familia y sin dinero?

—Ten valor, *bheti* —le había dicho el hombre.

Le dijo también dónde encontrar a su cuñado, el hombre al que su hermana había abandonado años atrás, en un pueblo cercano. Tal vez él pudiera ayudarla a encontrar a su hermana.

—¿Por qué no puedo quedarme con usted? —le había preguntado al anciano.

—No sería apropiado —había respondido él amablemente. El hombre se ganaba la vida pintando imágenes sobre el esqueleto de las hojas de higuera sagrada. Para consolarla, le había regalado una pintura. Enfadada, la chica casi se la había tirado a la cara, pero entonces se dio cuenta de que la imagen era la de Krishna dándole de comer un mango a su consorte, Radha, igual que se llama ella. Era el regalo más hermoso que le habían hecho nunca.

RADHA AMINORA LA marcha al aproximarse a la era. Cuatro bueyes caminan en círculos alrededor de una piedra plana de gran tamaño, moliendo el trigo. Prem, el boyero, dormita con la espalda apoyada en la choza. La chica pasa rápido en dirección a la senda angosta que conduce al templo de Ganesh. El altar tiene una abertura estrecha y, en el interior, se ve una estatua del dios. Las ofrendas están dispuestas alrededor de las patas del dios elefante: un coco pequeño, tagetes, un cuenco pequeño con *ghee*, rodajas de mango. Una lánguida espiral de humo asciende de un cono de incienso de sándalo.

La chica deposita la pintura de Krishna que le regaló Munchi delante de Ganesh, El que Elimina todos los Obstáculos, y le suplica que elimine la maldición de la Niña de la Mala Suerte.

Para cuando llega al pueblo de su cuñado, a dieciséis kilómetros hacia el oeste, ya es media tarde y el sol está más cerca del horizonte. Lleva mojada de sudor la blusa de algodón. Tiene los pies y los tobillos cubiertos de polvo; la boca, seca.

Entra en el pueblo con cautela. Se agazapa entre los arbustos y se esconde tras los árboles. Sabe que no tratarán bien a una chica que va sola. Busca a un hombre que se parezca al que le describió Munchi.

Lo ve. Allí está. En cuclillas debajo del baniano, frente a ella. Su cuñado.

Tiene el pelo negro como el carbón, fuerte y grasiento. Una cicatriz larga y abultada serpentea desde el labio inferior hasta la barbilla. No es joven, pero tampoco viejo. Lleva una camisa tipo sahariana manchada de curri y el *dhoti*, la típica vestimenta masculina, polvoriento.

Se fija entonces en la mujer en cuclillas que está delante del hombre. Se sujeta el codo con la mano y el antebrazo le cuelga en un ángulo poco natural. Se cubre la cabeza por completo con el *pallu* y habla con el hombre en susurros. Radha los observa mientras se pregunta si su cuñado habrá tomado otra esposa.

Coge una piedrecita y se la tira. Falla. La segunda vez le da en el muslo, pero él la aparta con la mano, como si estuviera espantando un insecto. Escucha con atención a la mujer. Radha sigue tirándole piedrecitas y consigue darle varias veces. Al final, el hombre levanta la cabeza y mira a su alrededor.

Radha sale de su escondite para que pueda verla.

El hombre abre los ojos desmesuradamente, como si estuviera viendo un fantasma.

—¿Lakshmi?

PRIMERA PARTE

1

Jaipur, estado de Rajastán, India

15 de noviembre de 1955

LA INDEPENDENCIA LO había cambiado todo. La independencia no había cambiado nada. Ocho años después de que se fueran los británicos teníamos escuelas públicas, agua corriente y carreteras asfaltadas, pero Jaipur seguía pareciéndome igual que diez años atrás, cuando pisé su suelo polvoriento por primera vez. De camino a nuestra primera cita de la mañana, Malik y yo estuvimos a punto de chocar contra una bicicleta que se nos atravesó, con un hombre que transportaba sacos de cemento en la cabeza. El ciclista, que aferraba una escalera de seis peldaños debajo del brazo, provocó que una carreta tirada por un caballo golpeará de refilón a un cerdo, que se alejó chillando hacia un estrecho callejón. En un momento dado nos apartamos para dejar pasar a un bullicioso grupo de *hijras**. Los hombres, ataviados con saris y con los labios pintados, cantaban y bailaban delante de una casa para bendecir el nacimiento de un niño. Tan acostumbrados estábamos a los olores de la ciudad —estiércol de vaca, hogueras para cocinar, aceite de coco para el cabello, incienso de sándalo y orina— que ya no los percibíamos.

* Personas de género disidente que no se identifican con el binomio hombre-mujer, se maquillan y visten con ropa de mujer. Durante siglos gozaron de gran respeto y un cierto estatus social. (Todas las notas son de la traductora.)

Lo que la independencia sí había cambiado era a nuestro pueblo. Se notaba en la postura, el pecho hinchido, como si por fin les permitieran respirar; en la forma de andar, con decisión y orgullo, hacia los templos; en la forma de regatear, más atrevida que antes, con los vendedores del mercado.

Malik paró un *tonga* con un silbido. Era un chico menudo, delgado como un junco. Su silbido, tan alto que podrían oírlo hasta en Bombay, siempre me sorprendía. Cargó nuestras pesadas tarteras metálicas llamadas *tiffins* en el carro tirado por un caballo, y el conductor recorrió de mala gana las cinco manzanas que había hasta la finca de los Singh. El vigilante que hacía guardia en la entrada de la finca nos miró cuando nos bajamos.

Antes de la independencia, la mayoría de las familias de Jaipur vivían hacinadas en viviendas familiares dentro de la antigua Ciudad Rosa. Pero varias generaciones Singh habían vivido siempre en una extensa finca fuera de las murallas de la ciudad. Pertenecían a la clase dirigente —rajás y otros príncipes menores, oficiales del ejército en activo—, acostumbrados desde hacía mucho a los privilegios antes, durante e incluso después del dominio británico. La finca de los Singh estaba en un amplio bulevar bordeado de higueras sagradas. Un muro de dos metros y medio de altura coronado con trozos de cristal cortante ocultaba la mansión de dos plantas. Un porche de mármol recubierto de buganvilla y jazmín se extendía a lo largo de la fachada delantera y los laterales de cada planta, refrescando la casa en verano, cuando el calor en Jaipur alcanzaba la temperatura de un horno para cocinar *tandoori*.

Una vez que el guarda comprobó nuestra llegada en el *tonga*, descargamos la mercancía. Malik se quedó atrás charlando con él mientras yo continuaba por el sendero de adoquines flanqueado por una amplia extensión de césped perfectamente

recortado y subía los escalones de piedra hasta el porche de Parvati Singh.

Aquella tarde de noviembre corría un viento fresco pero húmedo. Lala, la sirvienta que más tiempo llevaba con Parvati Singh y niñera de sus hijos, me recibió en la puerta. Se subió el sari hasta cubrirse el pelo en señal de respeto.

Yo le sonreí y junté las palmas en el gesto de *namasté*.

—¿Has estado utilizando el aceite de magnolia, Lala?

La última vez que estuve en la mansión le había dejado una botella de mi remedio para las durezas de los pies.

Ella disimuló la sonrisa tras su *pallu* a la vez que sacaba un pie desnudo y lo giraba para mostrarme la piel suave del talón.

—Mira —dijo con una suave risa.

—*Shabash!* ¡Bravo!—la felicité—. ¿Y cómo está tu sobrina?

Lala había llevado a su sobrina de quince años a trabajar en la mansión de los Singh seis meses atrás.

La anciana frunció el ceño y su sonrisa se esfumó. Pero cuando abrió la boca para contestar, su señora gritó desde el interior de la casa.

—¿Eres tú, Lakshmi?

Lala recompuso la expresión, me dirigió una sonrisa tensa y me hizo un gesto con la cabeza como diciendo: «Está bien». Después se volvió a la cocina mientras yo iba al dormitorio de Parvati, donde tantas veces había estado.

La mujer estaba ante el escritorio de madera de palo de rosa. Consultó la hora en su fino reloj de pulsera de oro y siguió con la carta que estaba escribiendo. Insistía mucho en ser puntual y detestaba que los demás llegaran tarde. Sin embargo, yo estaba acostumbrada a esperar mientras ella escribía de forma apresurada una nota al primer ministro Nehru o terminaba de hablar por teléfono con algún miembro de la liga indo-soviética.

Descargué las tarteras y preparé los cojines del diván de seda de color crema mientras ella sellaba la carta y llamaba a Lala.

En vez de la anciana sirvienta, apareció su sobrina. Mantenía los ojos grandes y oscuros pegados al suelo y las manos entrelazadas ante sí.

Parvati frunció el ceño. Se quedó mirando a la chica y tras una brevísima pausa dijo:

—Tendremos un invitado a comer. Asegúrate de que haya *boondi raita*.

La chica palideció, como si se encontrara mal de repente.

—No hay yogur fresco, *memsahib*.

—¿Y eso por qué?

La chica se removió inquieta. Buscó la respuesta en la alfombra turca, la foto enmarcada del primer ministro, el mueble bar con espejo.

Cuando Parvati habló, sus palabras eran cristal, transparente y cortante.

—Asegúrate de que haya *boondi raita* para la comida.

A la chica le temblaba el labio inferior. Me miró con gesto implorante.

Yo me acerqué a las ventanas que daban al jardín trasero. Parvati también era mi señora. Yo no podía hacer nada por la chica. Mi ayuda le serviría tan poco como la de la piel de tigre que tenían colgada en la pared.

—Que sea Lala quien nos sirva hoy el té.

Parvati despidió a la chica y se tumbó en el diván. Era la señal para empezar a aplicarle la henna. Me senté como de costumbre en el otro extremo del diván y le tomé las manos.

Antes de que llegara a Jaipur, mis señoras dejaban que las mujeres de la casta shudra les decorasen con henna las manos y los pies. Pero las mujeres de esa casta, una de las más bajas, pintaban lo que las madres habían pintado antes que ellas: sencillos puntos, rayas, triángulos. Lo justo para recibir unos exiguos ingresos. Mis diseños eran más intrincados; contaban historias de las mujeres a las que servía. Mi pasta de henna era más fina y

sedosa que la mezcla que utilizaban las mujeres shudra. Yo tenía la precaución de extender una loción de limón y azúcar sobre la piel antes de aplicar la henna para que el dibujo durase semanas. Cuanto más oscura era la pintura, más amaba el esposo a su esposa —o eso creían mis clientas—, y mis elaborados diseños color canela nunca decepcionaban. Con el tiempo, mis clientas habían llegado a creer que mi henna podía atraer a un esposo díscolo de vuelta a la cama conyugal o conseguir que un bebé saliera del vientre. Por eso yo podía pedir diez veces más que las mujeres shudra. Y me lo pagaban.

La propia Parvati atribuía el nacimiento de su hijo menor a mi habilidad con la henna. Ella fue la primera cliente que tuve en Jaipur. Cuando concibió a su bebé, vi que mi agenda se llenaba con conocidas suyas: la élite de la ciudad.

De vuelta a su diván, mientras se le secaban los dibujos de las manos y empezaba con los de los pies, Parvati se inclinó hacia delante para observar cómo estaba quedando hasta que mi cabeza y la suya casi se tocaron; su aliento tenía el aroma dulce de la nuez de betel. Su suspiro cálido me acarició la mejilla.

—Dices que nunca has salido de la India, pero yo solo he visto esta hoja de higuera en Estambul.

Contuve la respiración y por un instante sentí ese viejo miedo. En los pies de Parvati había dibujado las hojas de la higuera turca, muy diferente de su pariente de Rajastán, el baniano, cuyo exiguo fruto solo sirve para alimentar a los pájaros. En la planta, y solo para los ojos de su esposo, estaba pintando un higo de gran tamaño, carnoso y sensual, partido por la mitad.

Sonreí cuando nuestros ojos se encontraron y le empujé suavemente el hombro hacia los cojines.

—¿Es en eso en lo que se fijará su esposo? ¿En que los higos son turcos? —pregunté arqueando una ceja.

Saqué un espejo de mi mochila y se lo acerqué al arco del pie derecho para que pudiera ver la diminuta avispa que había pintado al lado del higo.

—Estoy segura de que su esposo sabrá que todo higo necesita que un tipo específico de avispa fertilice la flor que hay en su interior.

La mujer enarcó las cejas sorprendida. Entreabrió los labios del color de las ciruelas maduras. Se rio, una sonora carcajada que hizo estremecer el diván. Parvati era una mujer guapa con unos ojos almendrados y una boca generosa, el labio superior un poco más carnoso que el inferior. Los saris de los colores de las piedras preciosas, como el de seda fucsia que llevaba en ese momento, le iluminaban la tez.

Se secó la comisura de los ojos con un extremo del sari.

—*Shabash*, Lakshmi! —dijo—. Cuando vienes a hacerme la henna, no hay forma de apartar a Samir de mi cama.

En su voz se leía la insinuación de una tarde entre frescas sábanas de algodón, la tibieza de los muslos de su esposo entre los de ella.

Hice un esfuerzo para apartar la imagen de mi cabeza.

—Como debe ser —murmuré y acto seguido proseguí con el dibujo en el arco del pie, un lugar sensible para la mayoría de las mujeres. Pero Parvati estaba acostumbrada a mis servicios y conseguía mantenerse inmóvil mientras yo le aplicaba el color con ayuda de un cono.

—De manera que las hojas de la higuera turca siguen siendo un misterio, igual que tus ojos azules y tu piel clara —dijo ella con una risa suave.

En los diez años que llevaba trabajando para ella, Parvati no había dejado de sacar el tema. La India era una tierra de ojos negros como el carbón. Los ojos azules exigían una explicación. ¿Tenía un pasado sórdido? ¿Mi padre era europeo? O lo que era aún peor, ¿mi madre era anglo-india? Tenía treinta años, había

nacido durante el dominio británico y estaba acostumbrada a las habladurías sobre mi familia. Nunca permitía que los comentarios de Parvati me provocaran.

Envolví con un paño húmedo la pasta de henna y me eché un poco de aceite de clavo en la mano. Me froté las palmas para calentarlo y a continuación se lo apliqué en las manos, donde la henna ya estaba seca.

—Piense, *ji*, que uno de mis ancestros podría haberse dejado seducir por Marco Polo. O por Alejandro Magno. —Mientras le masajeaba los dedos, escamas de pasta de henna seca cayeron sobre la toalla que había extendido debajo. Comenzó a surgir el diseño que le había pintado—. Puede que corra sangre guerrera por mis venas, igual que por la suya.

—¡Anda, Lakshmi, seamos serias!

Sus pendientes de oro y perlas en forma de campana se agitaron alegremente cuando Parvati soltó otra carcajada. Las dos habíamos nacido en el seno de dos de las castas hindúes más altas, la chatria en su caso y la brahmán en el mío, pero jamás podría tratarme como a una igual porque yo tocaba los pies de las damas para decorarlos con henna. Los pies se consideraban una parte impura de la que solo podían ocuparse los miembros de la casta de los shudras. Así que aunque la casta a la que pertenecía Parvati hubiera confiado durante siglos la educación de sus hijos y la realización de ritos espirituales a la casta a la que pertenecía yo, a ojos de la élite de Jaipur yo era una brahmán caída en desgracia.

Pero las mujeres como ella pagaban bien. Seguí retirándole la pasta reseca de las manos sin prestar atención a sus provocaciones. Con el tiempo había ahorrado mucho y estaba muy cerca de conseguir lo que ansiaba: una casa propia. Tendría suelos de mármol en los que refrescarme los pies después de pasar el día caminando de un lado para otro por la ciudad; toda el agua corriente que quisiera en vez de tener que suplicar a mi casera que

me llenara el *mutki*; una puerta principal de la que solo yo tendría llave; una casa que nadie podría obligarme a abandonar. A los quince años, me expulsaron de mi pueblo para casarme cuando mis padres dejaron de poder mantenerme. Ahora yo sí podría mantenerlos, cuidar de ellos. No habían respondido a ninguna de mis cartas ni habían agradecido el dinero que les había estado enviando todos esos años, aunque seguro que cambiarían de opinión y acudirían a Jaipur cuando les ofreciera una cama en mi propia casa. ¿O no? Mis padres terminarían viendo que todo había salido bien. Hasta que volviéramos a estar juntos, controlaría mi orgullo. ¿No había sido Gandhi quien había dicho «Ojo por ojo y todo el mundo acabará ciego»?

EL SONIDO DE cristales rotos nos sobresaltó. Vi una pelota de críquet rodar por la alfombra y llegar hasta el diván. Un momento después, Ravi, el hijo mayor de Parvati, entró corriendo por las puertas del porche, llevando consigo el aire fresco de noviembre.

—*Bheta!* ¡Cierra ahora mismo esa puerta!

Ravi sonrió de oreja a oreja.

—He lanzado una pelota muy rápida que ha pillado por sorpresa a Govind. —Vio la pelota al lado del diván y la recogió.

—Es mucho más pequeño que tú, Ravi.

Parvati era indulgente con sus hijos, sobre todo con el pequeño Govind, el hijo que, en su opinión, era el producto de la aplicación de la henna, y yo no había hecho nada por quitarle aquella idea de la cabeza.

Ravi había crecido desde la última vez que lo había visto, estaba más alto y tenía los hombros más anchos. Su mandíbula cuadrada, que tanto se parecía a la de su padre, mostraba la sombra de una barba incipiente. Debía de haber empezado a afeitarse ya. Con la tez rosada y las largas pestañas que había heredado de su madre, era casi hermoso.

Lanzó la pelota al aire y la atrapó con una mano a la espalda.

—¿Hay té?

Hablaba igual que su padre, así de parecido era su inglés de internado.

Parvati hizo sonar una campanilla de plata que tenía al lado del diván.

—Govind y tú lo tomaréis en el jardín. Y dile al *chowkidar* que vamos a necesitar un cristalero para que arregle el cristal roto.

Ravi nos dirigió una amplia sonrisa y me guiñó un ojo al salir. Cerró la puerta con tan poco cuidado que otro trozo de vidrio cayó al suelo. Lo vi alejarse corriendo con elegancia por el césped. Tres jardineros con la cabeza envuelta en un pañuelo arrancaban las malas hierbas, regaban y podaban los arbustos de hibisco y madreselva del jardín trasero.

La llegada de Ravi me dio la excusa perfecta para sacar un tema que me interesaba mucho. Aun así tenía que andarme con cuidado.

—¿Ha venido del internado a pasar unos días?

—*Hahn*. Quería que me ayudara a cortar la cinta de la *gymkhana*. Ya conoces a Nehru y sus ganas de modernizar la India.

Suspiró y reposó la cabeza sobre el cojín, como si el primer ministro la acosara con llamadas diarias. Y hasta donde yo sabía, así era.

Lala entró con el té en una bandeja de plata. Mientras sacaba de la tartera metálica las exquisiteces preparadas especialmente para Parvati, oí que le decía a la mujer mayor con un tono de reproche:

—¿No te había dicho que la despidieras?

La sirvienta juntó las manos en posición de rezar y se las llevó a los labios.

—Mi sobrina no tiene adonde ir. Soy la única familia que le queda. Por favor, *ji*. Estamos a su merced. ¿No podría reconsiderarlo?

Nunca había visto a Lala tan angustiada. Me aparté un poco, pues temía que fuera a hincarse de rodillas. Había un altar dedicado a Ganesh en una mesita que estaba justo al lado de la cama con dosel. Habían colocado una guirnalda de gardenias y otra de hojas de albahaca morada alrededor de la estatua, y justo delante ardía una lámpara de aceite. Aunque le gustaba exhibir un aire de modernidad, Parvati rezaba a los dioses todas las mañanas. Yo solía rezar a Lakshmi, la diosa de la belleza y la abundancia, a la que debía mi nombre. A mi madre le encantaba recitar la historia del granjero brahmán que le ofreció una guadaña, su única posesión, a la diosa. En señal de gratitud, esta le regaló una cesta mágica que producía alimentos siempre que los deseaba. Pero era solo una historia, tan verdadera como otras muchas que me contaba, y, a la edad de diecisiete años, di la espalda a los dioses, igual que en ese momento me aparté del altar de Ganesh.

Parvati seguía hablando con su sirvienta.

—No me gustaría perderte a ti también, Lala. Que la chica se marche de aquí hoy. —La miró con dureza hasta que la mujer bajó la mirada y hundió los hombros.

Vi a Lala abandonar la estancia sin levantar la vista. Me preguntaba qué habría hecho su sobrina para enfadar tanto a su señora.

Parvati alcanzó una taza con su platillo, la señal para que yo hiciera lo mismo. El servicio de té era como los que gustaban a los ingleses, con dibujos de damas ataviadas con encorsetados vestidos, hombres con pantalones de montar y niñas con bucles y vestidos de talle alto. Antes de la independencia, aquellos objetos reflejaban la admiración de mis señoras hacia los británicos. Pero en la actualidad demostraban su desprecio. Lo único que había cambiado en las señoras para las que trabajaba eran los motivos para fingir. Si había aprendido algo de ellas era esto: solo un necio vive en el agua y sigue siendo enemigo del cocodrilo.